



Modelos Y Prácticas de Maternidad: Continuidades y Cambios en dos Generaciones de Madres Platenses

María Victoria Castilla

Candidata a doctora en Antropología Social, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-DF), Maestra en Ciencias Sociales, FLACSO sede México (2004) y Licenciada en Antropología, Universidad Nacional de La Plata. Becaria del CIESAS-CONACYT, México.

vickycastleilla@yahoo.com.ar

Resumen

El objetivo de investigación que guió este trabajo consiste en analizar las continuidades y cambios en las prácticas de maternidad en dos generaciones de madres de nivel socioeconómico medio y los modelos de maternidad que están por detrás de las mismas; tomando como caso de estudio la ciudad de La Plata. Para ello, se analizaron 30 entrevistas en profundidad: 15 a mujeres que fueron madres en el 2000 y 15 que lo fueron en 1970. Del análisis surge la presencia de un entramado de elementos de continuidad y de cambio en las prácticas y sentidos de la maternidad. Esto es, a partir del resquebrajamiento de las prácticas "tradicionales" de cuidado de los hijos -a partir de un proceso de individualización creciente-, las madres comienzan a tener que decidir las asumiendo los aciertos y los errores. Todo ello, junto con la continuidad del modelo que da ubica a la madre como la máxima responsable del cuidado y crianza de los hijos.

Abstract

The objective of research that led this work is to analyze the continuities and changes in the practices of motherhood in two generations of mothers and half of socioeconomic models of motherhood that are behind them, taking as a case study of the city La Plata. To do this, 30 interviews were analyzed in depth: 15 women who were mothers in 2000 and 15 who were in 1970. From the analysis emerges the presence of a network of elements of continuity and change in the practices and ways of motherhood. That is, from the cracking of the practices "traditional" child care-from a process of increasing individualization, mothers who are beginning to have decided to take the hits and errors. This, together with the continuity of the model which places the mother as the most responsible for the care and upbringing of children.

Palabras Clave: prácticas de maternidad, individualización, continuidades y cambios.

Introducción

Este trabajo tiene como centro de preocupación y reflexión los modelos de maternidad y los arreglos de la vida familiar presentes en madres de nivel socio-económico medio. En distintos contextos y circunstancias no es extraño escuchar a madres jóvenes refiriéndose a que el modelo de maternidad de sus madres no les resulta para sus propias vidas, pero que tampoco tienen en claro cuál sería o podría ser su propio estilo de maternidad; suelen emerger sentimientos de angustia y culpa, al no saber cómo manejar o construir sus propias vidas, ahora que, además, son madres. Estas

experiencias son el reflejo de una paradoja recurrente en la sociedad contemporánea: vivir en un mundo sin certezas genera agobio y miedo, pero al mismo tiempo vivir en un mundo socialmente reglamentado y pautado produce una sensación de sofocación y falta de independencia. Es decir, las experiencias de maternidad en la actualidad, se han visto afectadas por el creciente proceso de individualización que caracteriza, según diversos autores, la modernidad tardía, y que permea distintos ámbitos de nuestra vida cotidiana (Beck, 2003; Giddens, 2001; Bauman, 2001).

La información que se presenta en este texto forma parte de una investigación mayor que tiene por objetivo analizar las continuidades y los significados y cambios en las expresiones del ejercicio de la maternidad, en un escenario específico: la ciudad de La Plata¹. La idea que sostengo es que los cambios en la vida familiar y en las formas de organización de la misma suponen también modificaciones y reajustes en las representaciones sobre la maternidad. Esto es, que que las normas de la edad y las preferencias individuales en ocasiones emergen con una importancia casi semejante a las obligaciones y compromisos familiares. En concordancia, las preguntas a las que procuro dar respuesta en este texto son: ¿de qué manera las madres platenses de nivel socioeconómico medio en 1970 y en el 2000 organizan la vida familiar? y ¿cuáles son los modelos de maternidad que están por detrás de esas formas de organización, en las continuidades y los cambios?

En la primera parte del texto, se discuten las propuestas teóricas que abordan las problemáticas emergentes en el contexto de la modernidad reflexiva en el marco de los sentidos atribuidos a la maternidad y las relaciones familiares. En una segunda parte del texto, se analiza, en un contexto puntual la ciudad de La Plata, la presencia o no de los cambios anteriormente mencionados. Se indaga acerca sobre si la mujer ha abandonado, al menos parcialmente, su rol doméstico tradicional y los cambios en las prácticas tradicionales asociadas a la maternidad y el orden de prioridades establecido entre los hijos, el trabajo, la pareja y la vida social. Asimismo, se indaga si las madres jóvenes platenses en el nuevo milenio sienten la presión de tener que decidir muchos aspectos de la crianza de sus hijos (como la educación, la salud, los límites) y, para conseguirlo, exigen más la participación del padre. Los resultados presentados se basaron en la información recabada y analizada de 29 entrevistas en profundidad a madres platenses de dos generaciones. Se realizaron 15 entrevistas en profundidad a jóvenes mujeres que fueran madres y que cumplieran los siguientes requisitos: tener edades entre los 25 y los 30 años; tener un hijo o hija menor de cinco años y mayor de uno -que nacieron en la década de 2000-; ser residentes en la ciudad de La Plata (Argentina); y pertenecer a la clase media o media alta. Asimismo, se realizaron otras 15 entrevistas en profundidad a mujeres que fueron madres jóvenes durante la década de 1970 y que al momento del nacimiento de su primer hijo compartían las mismas características de residencia y de nivel socioeconómico que las mujeres del grupo anterior.

Maternidad y Familia en la Segunda Modernidad

La individualización es una de las principales características de la modernización reflexiva- o segunda modernidad- (Beck, 2000), modernidad líquida (Bauman, 2004) o modernidad tardía (Giddens, 2001). Beck define a la individualización como la desintegración de formas sociales anteriormente existentes² y como el colapso de biografías normales, marcos de referencia y modelos o roles sancionados por el Estado (Beck y Beck, 2003:38-39). A través de la participación en el mercado laboral, el estado de bienestar, e instituciones como la familia o la maternidad, los individuos entran en una red hecha de regulaciones que condicionan sus experiencias biográficas.

El rasgo distintivo de la sociedad moderna, siempre siguiendo a Beck, es que ahora estas regulaciones deben ser decididas por los individuos mismos, importadas a sus biografías mediante sus propias acciones³. De esta manera, la biografía normal, se convierte así en biografía electiva, en "biografía reflexiva".

La idea de una biografía que es reflexiva, no es idea del propio Beck, sino que la presenta Giddens (2001) para quien el concepto de "reflexividad" alude a la multiplicidad de interpretaciones presentes en la sociedad actual. Esto es, al aumento de la capacidad de distintas entidades de reflexionar sobre el curso y resultados de las acciones, y de reorientarlas en función de la reflexión; siendo esta mayor reflexividad, fuente de una mayor individuación personal. Este análisis de Giddens parte de la consideración de la modernidad como un proceso de "destradicionalización" de las sociedades, que abandonan la estabilidad emanada del pasado para precipitarse vertiginosamente hacia el futuro (Giddens, 2001: 35).

En consecuencia, la individualización puede ser conceptualizada como un proceso por el cual los individuos se convierten en unidades viables de reproducción en la vida social, sustituyendo, o por lo menos limitando, el lugar que la familia ha ocupado por largo tiempo. La penetración en el ámbito familiar de las relaciones estatales y mercantiles, afecta tanto la esfera privada como la vida pública, anteriormente separadas. En este sentido, puede ser concebida como un signo de la modernización familiar (Flaquer, 1999)⁴.

La individualización depende de aquellos fenómenos que fomentan la desfamiliarización, es decir, la capacidad de los ciudadanos de mantener su nivel de bienestar sin tener que depender, en caso de necesidad (como en los niveles socioeconómicos más bajos) de sus familiares más próximos para la obtención de apoyo financiero ni para la prestación de los servicios más básicos. Un régimen desfamiliarizador es aquél que trata de descargar el hogar y hacer disminuir la dependencia de los individuos de sus parientes más cercanos en lo que respecta a la provisión de bienestar (Esping-Andersen, 1999).

Individualismo, familia y maternidad

En las sociedades modernas contemporáneas, las vidas se han vuelto menos predecibles, menos determinadas colectivamente, menos estables, menos ordenadas, más flexibles y más individualizadas (Beck, 1998; Beck y Beck-Gernsheim, 2003: 185-186; Giddens, 2001; Hareven, 2001). Las vidas privadas y las formas familiares se han vuelto pluralizadas y la vida laboral más inestable, incluyendo una creciente movilidad ocupacional y laboral. Las relaciones familiares se están volviendo cada vez más unas relaciones electivas, una asociación de personas individuales, cada una de las cuales aporta sus propios intereses, experiencias y planes, y está sometida a diferentes controles, riesgos y condicionamientos. En este escenario cada vez más se necesita una mayor coordinación para mantener unidas unas biografías que tienden a ir cada una por su lado en busca de satisfacciones personales o la supervivencia. Como lo refieren Beck y Beck-Gernsheim (2003: 174), estamos frente a una escenificación de la vida cotidiana.

En este sentido, se puede decir que la familia se convierte en un ejercicio de equilibrio inestable cada vez más expuesto a fuerzas que puedan afectarlo. Así, la madre en la familia continúa desplegando un rol fundamental, debido a que en ella recae la obligación de mantener unidas las agendas individuales de los miembros y de lograr

que ese equilibrio delicado no se rompa, produciendo el mismo efecto en la vida familiar.

En décadas anteriores, las decisiones, los peligros, las ambivalencias de la maternidad estaban definidas en gran medida por el grupo familiar o la comunidad y se erigían sobre unas reglas claras. Por el contrario, en la actualidad estas mujeres se ven sujetas a una mayor ambigüedad e incertidumbre: las madres tienen mayor margen para cuestionar y actuar y una mayor oferta para escoger. En este proceso, se han transformado en las actrices principales de sus propias biografías e identidades de maternidad, de sus prácticas, creencias y conocimientos. Ahora las oportunidades, los peligros y las prácticas de la maternidad deben ser definidos en mayor medida por ellas mismas.

En ausencia de recetas y modelos claros, tienen que dar forma y organizar los vínculos con sus hijos, decidir sobre su crianza y establecer los modelos para su maternidad. Una manera por la que estas mujeres dan coherencia a las experiencias de su maternidad individualizada, tal vez podría respaldarse en la libertad⁵ que ellas tienen de construir y de reflexionar su propia vida. En el mundo actual, la maternidad se transforma en una experiencia reflexiva, que no por ello es ajena e inmune a los componente estructurales -sean éstos sociales, políticos o económicos- que la limitan.

En esta etapa de la modernidad, una mujer elige ser madre y eso que escoge es algo poco más o menos definitivo pero, a su vez, la maternidad como gran idea de una relación con un hijo se encuentra "desincrustada" de los marcos sociales para reincrustarse en prácticas y significados nuevos asignados por la misma madre. Se trata de un desarraigo e individualismo que dificulta que la madre tenga tiempo y espacio para reflexionar y que sea capaz de construir una biografía narrativa. Las madres en particular, pero los individuos en su mayoría, han pasado a estar desincrustados de la seguridad de "lo normal" estipulado y, para poder decidir a cada momento, requieren de recursos de diversos tipos (Bauman, 2001). En palabras de Bauman, la modernidad en sus primeras fases se ocupó de desincrustar a los individuos en los modelos heredados para luego reincrustarlos en las estructuras creadas con base en los esquemas previos. No obstante, en la actualidad, en la llamada modernidad líquida por Bauman (2002), los individuos son desincrustados sin ser nuevamente reincrustados en esquemas sociales que los contengan. De ese modo, en las sociedades modernas contemporáneas se presenta un proceso de desinstitucionalización en el que las instituciones presentes (la familia es una de ellas) no regulan ni determinan los comportamientos de sus miembros.

Junto a estas tendencias asociadas con los procesos de individualización que caracterizan la modernidad tardía, y que no son extraños en nuestras sociedades, también encontramos fuerzas contrapuestas. Como han notado diversos autores críticos, la individualización no ha significado una desincrustación total de los actores, y en particular de la construcción de sus experiencias biográficas, ni es inmune a las desigualdades sociales, que en el caso de América Latina adquiere dimensiones notables (Rustin y Chamberlyne, 2002; Saraví 2005). La familia sigue teniendo peso propio, y nuevas esferas intervienen con mayor presencia sobre la experiencia de la maternidad, como lo son el mercado y el Estado. Por otro lado, las posibilidades de decisión, y las mismas capacidades reflexivas, están fuertemente influenciados por los recursos, oportunidades y constreñimientos a que se ven sujetas las madres provenientes de distintos sectores sociales.

Las décadas de los años 1970 y 1980 del siglo pasado marcaron una incipiente ruptura de este patrón familiar tradicional: las transformaciones ocurridas en la estructura de oportunidades, significaron mayores dificultades y obstáculos para las inversiones económicas y emocionales de largo plazo en la familia. A partir de estas décadas, las normas de la edad y las preferencias individuales emergen como más importantes que las obligaciones y compromisos familiares y dan cuenta de la individualización, los arreglos familiares, los valores que gobiernan las relaciones generacionales y las políticas que regulan la vida laboral (Haraven 2000).

En Argentina (como en el conjunto de la región Latinoamericana) principalmente en los sectores de nivel socio-económico medio, la familia nuclear sin dejar de ser la estructura familiar preponderante (García y Rojas, 2002; García, 1989), comienza a debilitarse por la emergencia de nuevas composiciones de familias que además gozan de una creciente aceptación social. La frecuencia de disoluciones matrimoniales aumenta, se retrasa la edad matrimonial, se incrementa la proporción de uniones libres, disminuyen las tasas de fecundidad y una proporción creciente de niños nacen fuera del matrimonio (Wainerman, 1994; Torrado, 2003).

Ahora bien, la modernidad y la postmodernidad como formas de vida adoptan una forma particular en el contexto argentino, en particular el platense, a partir de un juego entre elementos que marcan una continuidad con modelos tradicionales (la familia extendida) y otros modernos, situación a su vez atravesada por las desigualdades en las condiciones de vida. La historia de esta región pone de manifiesto la existencia de una serie de precondiciones económicas y culturales que hacen de las maternidades una multiplicidad de circunstancias. Estos cambios que experimenta la sociedad en su conjunto, no se distribuyen de manera homogénea a través de su estructura social. En las sociedades latinoamericanas, y la argentina no es una excepción, algunos de estos cambios, como la postergación de la unión conyugal y del nacimiento del primer hijo, o los hogares unipersonales, tienden a acentuarse en sectores de ingresos medios, mientras que tienen una presencia menos extendida en los sectores más pobres⁶. Es decir, nos enfrentamos a la conjunción de elementos de continuidad y de cambio en la construcción de las familias en general y de la maternidad en particular, tanto a nivel de la sociedad en su conjunto como de los distintos sectores sociales que la componen.

Es decir, en las formas de vida familiar se pueden encontrar tanto continuidades como rupturas desde la época preindustrial hasta la actualidad. Si por un lado, la mayor parte de la gente sigue viviendo en el marco de una relación de parentesco o de una familia y la madre es, en términos generales, la principal encargada de la crianza de los hijos. Por el otro, los lazos que atan a los miembros de las familias ya no son iguales que antes, ni por su alcance ni por su grado de obligación y permanencia; y está tomando forma un espectro más amplio de lo privado a partir de los múltiples arreglos familiares emergentes⁷. Se está produciendo el paso de la familia considerada como una comunidad de necesidades a un tipo familia de relaciones electivas. Sin embargo, ésta no se derrumba sino que está adquiriendo una nueva forma histórica y, en consecuencia, la maternidad también lo está haciendo.

Modelos de Maternidad: Continuidades y Cambios

Tradicición-Individualismo es una dicotomía muy interesante de analizar al profundizar los cambios ocurridos en las experiencias y sentidos de la maternidad. Para las mujeres de 1970 de la ciudad de La Plata, la tradición, sustentada en principios consolidados, era la base de la organización y legitimidad social; y los modelos de

maternidad y familia se caracterizaban por seguir pautas, en su mayoría, claras. No obstante, no se trataba de un mundo fijo y claramente determinado sin posibilidades para el cambio; estas mujeres, en 1970 rompieron con muchos de los modelos señalados para la época. Demostraciones de ello las encontramos en la masiva incorporación de éstas al mercado de trabajo o la política, los cambios ocurridos en las prácticas sexuales, de anticoncepción (Torrado 2003) y en la emergencia de pequeñas transformaciones ocurridas en la esfera doméstica. El relato de Graciela da cuenta de éstas últimas al señalar que había ciertas actividades de la rutina doméstica que no las realizaba en contraposición a las madres de generaciones anteriores. Ella estudió una carrera universitaria centrandó la valoración de sus aportes al funcionamiento familiar en las capacidades intelectuales en reemplazo de las labores manuales. Claro que, al no poder tercerizarlas ni delegarlas, se encontraba en la obligación de realizarlas y ello lo hacía con desgano y considerando que se trataba de acciones de menor importancia en la crianza de los hijos. Cabe señalar que, no obstante sus cambios, ella asumía la total responsabilidad del cuidado y crianza de los hijos dado la ausencia aceptada del padre en estas actividades.

Lo único que yo no cumplimentaba es con la madre que lava, que plancha, como mi lo hacía mi vieja. Los chicos tenían montones de libros, las tareas escolares me las quedaba haciendo hasta las cuatro de la mañana, era exagerado el aporte. Pero iban con los delantales sucios. La cosa clásica del rol: cocinar, mantener la ropa impecable, eso no. Eso que se suponía iba pegado al rol de la madre, eso no. En vez de cumplimentar esa parte del rol, la compensaba con la parte intelectual. (Graciela, madre 1970)

Se inicia un cambio en el eje de valoración de las tareas de reproducción y las madres de 1970 comienzan a valorar sus aportes como individuos capacitados, inteligentes, formados y no sólo como reproductoras de hábitos domésticos. Ya en esta época, la tradición maternal como actividad excluyente y exclusiva de las mujeres empieza a perder poder, cediendo un mayor protagonismo al individuo, a la mujer, que ahora tiene voz y voto para decidir y tomar conciencia de sus actos y actitudes de la vida cotidiana. Ahora bien, es preciso destacar que, si por un lado se generan cambios en las formas de vivir la maternidad y las responsabilidades domésticas; por el otro, la casi completa ausencia del padre en estas obligaciones era un hecho corriente.

En la ciudad, la maternidad en 1970 se encontraba en gran medida determinada por vínculos que limitaban sus posibilidades de elección y aportaban familiaridad, seguridad y certeza. No obstante, no todo resultaba claro para estas mujeres, en ellas comienza a vislumbrarse la tensión maternidad-desarrollo individual; esto es, que surgen deseos de un desarrollo individual especialmente en la profesión. Sin embargo, muchas inercias tradicionales vencieron los ímpetus de cambio de la maternidad y la domesticidad.

“Yo no tenía en mente ser madre, ser una esposa... yo participaba de movimientos políticos, estaba muy metida en eso, estudiaba una carrera. Pero luego, me casé... ahora creo que lo hice para conformar a mi vieja. Porque con mi marido nos íbamos de viaje juntos y sin casarnos y eso le molestaba mucho a mi vieja. Claro que no lo hice por iglesia, fue sólo el civil, luego una reunión en casa. Y después vinieron los chicos, el golpe, luego dejé de trabajar y... pasaron veinte años hasta que volví a trabajar.” (Vicenta, madre 1970)

“Nosotros nos fuimos a estudiar a Francia, teníamos muchas dudas de volver, finalmente volvimos y sorpresivamente apareció el embarazo. Yo no tenía

pensado ser madre... totalmente, para nada... yo estaba pensando en otra cosa. Estaba tratando de insertarme laboralmente, de hacer postgrados. El embarazo no estaba en los planes. Pero bueno... ahí estaba. Sabía que tenía que contener a mi hijo, sin ahogar y... empecé a hacerlo como salía. Me dediqué a ser madre de mi hijo, ahí cambiaron muchas cosas, tuve que cambiar... era madre. Me tomé un tiempo cuando nació Julián, dejé el consultorio. Con gusto lo hice. Tenía pacientes y cerré el consultorio hasta que estuviera más grande." (Emilce, Madre 1970)

Para Vicenta y para Emilce, la maternidad constituyó un turning point pero una de las características de la maternidad en este grupo de mujeres es que los cambios parecen producirse de manera repentina, son cambios en la dirección de las vidas de las mujeres. La velocidad de los mismos puede variar de una madre a otra pero la mayoría de las madres relatan rapidez en los arreglos cotidianos. Para algunas mujeres, el nacimiento del primer hijo puede ocurrir sin un conocimiento conciente de la dirección del cambio. Las mujeres 1970, no parecen haber planificado el nacimiento de sus hijos y en todos los casos destacan cierta sorpresa al momento del embarazo; sin embargo al mismo tiempo parecen estar preparadas para esta maternidad –siendo éste un punto a destacar-. El curso que tomarían sus trayectorias vitales no estaba predefinido pero todas ellas se ajustaron a un patrón bastante tradicional.

Las madres 1970, presentan una fuerte identificación con su profesión y su función social institucionalizada. Eso significa, en los hechos, ajustar sus roles tradicionales de madre y esposa a las obligaciones laborales, en donde "ajustar" no indica ni romper ni abandonar sus identidades de madre y esposa. El punto de partida, lo que ellas anhelaban cuando adolescentes, se ubicaba en una vida fuera del ámbito doméstico. Por eso, la orientación que tomaron al momento del nacimiento de su primer hijo dejó un pedazo de su tiempo para el trabajo extra-doméstico. En la actualidad, combinan trabajo y maternidad. Incluso cuando podrían distanciarse de las actividades de cuidado de los hijos, sus preocupaciones sobre el bienestar de ellos se lo impiden e incluso distribuyen su tiempo libre entre la atención de los hijos y de los nietos.

Por su parte, las jóvenes madres platenses del nuevo milenio, son críticas respecto de la femineidad de sus contrapartes generacionales -muchas de ellas con las mismas edades que sus propias madres- y realizan cuestionamientos tendientes a alejarse de la misma, con miras a gozar de un espacio para sus propios deseos e inquietudes de desarrollo personal. Cuando Verónica me relataba cuáles eran las obligaciones de una madre, inmediatamente, me refirió un modelo de buena maternidad señalando sus divergencias con el modelo de su propia madre.

"Una buena madre sería... no se, bastante dedicada a sus hijos sin absorberlos... el ejemplo de madre que había en otra generación, esas madres que sólo se dedicaban a los hijos y trataban de... me parece que en algunos puntos los absorbían porque no tenían otra actividad." (Verónica, madre 2000)

Si por un lado, continúa la idea la dedicación como base de la buena maternidad; por el otro, se critica la exclusividad de esta tarea en las biografías de las mujeres. Se produce una mixtura de elementos de continuidad y cambio donde, por un lado, las nuevas madres reproducen irreflexivamente el mandato de dedicación a los hijos presente en generaciones anteriores y, por el otro, ellas mismas generan los modelos para lograrlo conforme a las exigencias individuales y los tiempos propios y familiares disponibles. Por ejemplo, Agustina, luego de tres años no sentirse a gusto con su cotidianeidad y con la forma en que había conjugado los tiempos laborales de ella y su

marido, los tiempos familiares, los personales y las obligaciones domésticas, ahora siente que ha podido alcanzarlo. Toda esta organización si bien está regida por los compromisos de trabajo y de educación de los hijos, también deja lugar para el descanso, la pareja y los deseos individuales de Agustina. Y todo ello, generado a partir del ensayo y error, sin esquemas preestablecidos que le indiquen cómo debe ser.

“Ahora yo siento que tengo todo bien organizado. Tengo una chica que va a limpiar a la que hay una sola cosa que no el dejo hacer y es planchar porque me da terror que planche con los chicos dándole vueltas. Así que las camisas de Alvaro se las plancho yo. Antes era tal la desorganización que lavaba los platos a la noche, y después planchaba sólo la camisa que se iba a poner el día siguiente y así todas las noches. Ahora, ya coordiné todo bien, mi hijo, mi marido, el trabajo, el jardín, la casa. Te digo, tengo esta chica que está en la casa y... primero que los lunes yo no vengo a trabajar, también tengo las cuatro horas que él va al jardín para disponer y hacer lo que yo quiero. Ahí puedo planchar las camisas y bañarme a la mañana, hago cualquier cosa. Y por ahí llega Alvaro, comemos a las 12 y tenemos de 10 a 13 para estar, con él y dedicarme a él y poder hacer lo que tenemos ganas. Mirar tele, cualquier cosa. Para mí este año... yo creo que cambió todo, mi relación con mi hijo, mi humor, todo. Porque se que cosas que no voy a poder hacer mientras esté con él (el hijo), estoy mejor con él porque se que dispongo de un ratito a la mañana para hacerlo. Siento que logré que estemos todos bien organizados, me costó y me equivoqué en algunas cosas, pero ahora estoy contenta.” (Agustina, madre 2000)

El hecho que estas mujeres hayan contestado la identidad de sus madres –y padres- no les hace esta preparadas psicológicamente para reconciliarse con su feminidad (Badinter, 1993). Ahora bien, estos cambios no son un todo homogéneo en las madres platenses del nuevo milenio, ya que muchas jóvenes madres, en muchos aspectos, experimentan a la maternidad a partir de automatismos, tradiciones y costumbres como lo hacían sus madres. No obstante, comienzan a emerger variaciones y la maternidad se está volviendo cada vez más reflexiva. Por ejemplo, Sandra cuida a su hijo la mayor parte del tiempo y el restante lo distribuye entre sus estudios en el Instituto de Enseñanza Superior dejando sólo un par de horas a la semana para asistir a un gimnasio a ejercitarse. Comenta que suele consultar con madres allegadas a ella las inquietudes respecto de la crianza del pequeño, pero ella sola o con su marido son los que toman las decisiones, lo que implica asumir los costos y las ganancias de esas determinaciones.

Por ejemplo a mi prima le pregunto cuando no tengo alguna duda, “¿Vos qué hacer, vos qué no hacés con la nena?” o “¿cómo se maneja?” o si está re caprichosa “¿cómo se maneja?” “¿vos qué le hacés?” Y ella me dice que le pega en la mano pero nosotros pegar no nos gusta así que yo le gritoneo, otra me dice “yo le tiro el pelo acá” y preguntamos entre nosotros “¿y te parece?” si, no... o con compañeras del instituto que también son madres. Preguntás, pero a la hora de las decisiones las terminás tomando vos sola. Igual preguntás y nosotros lo consultamos muchos entre nosotros... pero viste, el problema es que si algo no funciona, por ejemplo el mío que le cuesta comer, una siente que está haciendo las cosas mal (Sandra, madre 2000)

En el relato de Sandra se pone de manifiesto que, en el contexto del nuevo milenio, la madre –y el individuo en general-, se mueve entre el riesgo y la oportunidad, convirtiéndose ella misma en la responsable de sus propios actos y decisiones, no

atribuyendo a causas externas, estructurales o al destino, las consecuencias de sus actos. Esta mayor libertad de actuación le brinda un abanico de posibilidades más amplio (emergen comportamientos que estaban sancionados legal, social y moralmente hasta ahora) y, a la vez, inestabilidad y falta de certeza ante las decisiones tomadas. La biografía se empieza a desligar de los modelos y de las seguridades tradicionales, de los controles ajenos y de las leyes morales generales y, de manera abierta y como tarea, es adjudicada a la acción y a la decisión de cada individuo (Beck, y Beck-Gernsheim, 1998). Pero, ¿cuáles son los cambios en las formas en que se organizan y representan las relaciones entre los padres en relación con la crianza de los hijos?

Nuevos roles de pareja y sus implicaciones sobre la maternidad

Si bien las parejas se unieron o casaron esperanzados de estarlo para el resto de sus días, saben de su dificultad y entienden que la pareja puede disolverse cuando las partes así lo deseen. Ello no es tan evidente en las madres de 1970 quienes casi en su totalidad creían en el matrimonio "para toda la vida". Luego, en el desarrollo de sus biografías, la realidad les indicó lo contrario. Hoy cada vez más se necesita una mayor coordinación para mantener unidas unas biografías que tienden a ir cada una por su lado. Agustina luego de tres años de advertir que no lograba un equilibrio entre las necesidades de ella y su familia y sus deseos percibe que ahora lo logró. Esto es una meta, no menor, para las mujeres del 2000.

Las jóvenes mujeres-madres platenses del nuevo milenio no coinciden ni tienen muy en claro qué es lo que quieren que los padres de sus hijos hagan. Les piden que participen, que se ocupen más, pero esos reclamos no tienen acciones concretas en las que cristalizarse ya que saben que generalmente el padre se encuentra "fuera de casa trabajando". Se enfrentan a una contradicción que se sucede entre los discursos de las madres del 2000, influenciados por los medios de comunicación, los libros, la familia, las amigas; y las posibilidades/oportunidades estructurales de llevarlos a la práctica. Este conflicto se expresa en la demanda de un padre más participativo sin las posibilidades de hacerlo. En las madres de 1970 el discurso exigente de mayor participación paterna no existía o era más débil y, por ende, no había mucho conflicto. Sin embargo, esas madres hoy también conocen este nuevo discurso y algunas de ellas parecen ser críticas de cómo fueron en los 1970.

G: La otra vez me decía la psicóloga: pero algo que te moleste de los chicos... de tu casa, de la cuestión de... No, nada... Ahora en perspectiva te puedo decir: ¡Uy!, pero cómo me banqué esto y lo otro...

E: ¿Cómo qué?

G: Y por ejemplo esto... pasarme toda la noche yendo de una cama a la otra... ¿viste? Mamadera para uno; agua para el otro; pis y cambiarles los pañales...siempre molestos. Es decir... estaba alrededor de la casa toda la noche y al siguiente tenía que salir así a laburar... Qué sé yo esa o... no sé... Por ejemplo cuando salíamos... salíamos a una reunión con los chicos... y los chicos empiezan a romper las bolas, obviamente... Y entonces, yo dedicarme a atender a los chicos para que Luís pudiera charlar bien... Eso así hacía... las funciones que no sé de dónde mierda las saqué... (Risa) Que ahora digo: qué hija de puta cómo me bancaba todo eso... Y me la bancaba sin chistar... y sin pensar que me la estaba mancando... Te digo, sin pensar que me la estaba bancando... (Graciela, madre 1970)

Por su parte, las madres del 2000, le plantean al padre su importancia en el proceso de desarrollo y maduración de los hijos. A partir de sostener diálogos con otras madres, buscarlo en internet, verlo en la televisión o leerlo en las revistas sostienen que la llamada "figura del padre" es importante para el desarrollo y el crecimiento de los hijos. Pero en virtud de la distribución de los roles actuales, la misma aparece como tal, una "figura", que es borrosa y escurridiza frente a la pesadez en la tradicional distribución de tareas entre los géneros.

"Las dos figuras para mí tienen que aparecer, pero no concibo la idea de las madres que no necesitan al padre para seguir adelante, que se creen superpoderosas que no necesitan del hombre al lado para ser madres. Me parece una actitud egoísta hacia el chico, porque una se la puede bancar sola. De hecho, yo estoy todo el día sola, me la puedo bancar sola. Pero el chico necesita una figura paterna, una figura materna o alguien en quien reflejarse de otra manera que no sea la madre. Porque una parte es la contención y la otra es la diversión, o... puede ser al revés, puede ser que el padre sea el que contenga y la madre la que hace los juegos y se divierte pero necesita como un mix de las dos cosas para estar equilibrado. La opinión de una sola persona para criar al chico me resulta egoísta, la participación del padre para mí es fundamental." (Mariana, Madre 2000).

Las mujeres del 2000 compatibilizan las relaciones con los hijos/as, con proyectos propios (proyecciones laborales, tiempo para el cuidado de sí mismas, para la pareja o los amigos). Los padres comienzan a involucrarse más en la crianza (ej.: cita de Marina y Sandra) y ello coexiste con viejos estereotipos que no siempre se muestran tan nítidos (ej.: Agustina). En muchas de las entrevistas se deja ver que ha comenzando a existir un hombre distinto al estereotipo conocido, que participa en la toma de decisiones en torno a la crianza y cuidados de los hijos/as, que los lleva al pediatra, que expresa sus emociones con la pareja y los hijos/as y que se plantea débil a la pareja. Sin embargo, también siguen presentes los que responden a los patrones tradicionales, adoptando ciertos discursos y prácticas que no significan una modificación a su ser masculino.

Un objetivo expreso por estas jóvenes madres del 2000, es compartir la toma de decisiones en torno a la crianza y educación del hijo como forma de disminuir las posibilidades de equivocación. Por ejemplo, Mercedes comentaba que le resultaba totalmente imprescindible la participación del padre en la crianza destacando al función de éste en la toma de decisiones -lo que deja de lado su obligación en las prácticas cotidianas concretas-.

"Con Marce consultamos absolutamente todo, estamos permanentemente en contacto decidiendo qué hacemos con el gordo. Decidiendo cómo nos gustaría que crezca, cómo nos gustaría que sea de grande. Cómo no nos gustaría que sea. Comparado con sobrinos, con amigos una dice a mí me gustaría que haga tal cosa o no haga tal otra. Por ejemplo, no me gusta ahora que cuando va a la guardería pega y eso me saca la cabeza, nos saca a cabeza a los dos y tratamos más o menos de encaminarlo, pero siempre los dos. Y por eso me parece fundamental el padre. Yo hoy por hoy, no se si me quedara sola cómo me arreglaría. Sé que me va a costar un huevo, no podría. Necesito alguien que me apoye en las decisiones o que me diga "nena, no... estás equivocada, no es así." (Mercedes, madre 2000)

Claro que, si por un lado los hombres en el nuevo milenio participan en las determinaciones en torno a la crianza de sus hijos; por el otro, las mujeres perdieron, en consecuencia, el poder histórico que detentaban al interior del hogar en el modelo patriarcal. Esta exigencia de compromiso establece una diferencia entre las mujeres del 2000 y las de 1970. En los relatos de las mujeres de los setentas, las prácticas de los hombres respecto de la crianza de los hijos y las simbolizaciones de lo masculino dan cuenta de un sistema de género tradicional tanto en lo íntimo de pareja y el hogar como en lo público -división sexual del trabajo, asunción de rol en eventos sociales, entre otros-. La participación de los hombres en la esfera doméstica era muy escasa. En los setenta, los hombres y las mujeres sabían sus parlamentos y los arreglos familiares se estructuraban en torno a éstos, no había mayores ambigüedades y las mujeres no sentían contradicciones ni malestares. El padre se construye como una autoridad, su presencia desde la ausencia representa el orden. El padre provee la casa y se lo representa a partir de su rol como trabajador.

“Si bien Horacio no estaba durante el día, respondía y me acompañaba en todo lo que yo establecía y de esa manera lo hacíamos juntos. Materialmente no podía estar para llevarlo a inglés, llevarlo al dentista. No, no estaba, estaba trabajando. Pero él apoyaba lo que yo decidía, no me contradecía.” (Mary, madre 1970)

Esta situación de ausencia del padre en la esfera doméstica otorgaba a las mujeres un lugar de poder en interior del hogar ya que sus decisiones al respecto raras veces eran criticadas por el hombre⁸. Por su parte, en las madres del 2000, este lugar de autoridad hacia los hijos ubicado “de puertas hacia adentro” parece desvanecerse frente a las exigencias de las mujeres de mayor participación de los padres. El padre en la actualidad no ostenta un lugar de autoridad, ya no es la figura temida por la que había que reconstituir el orden antes de su llegada a la casa. Ahora, el vínculo con los hijos se presenta más desde el juego y también desde el cariño, siendo la falta de autoridad y de consistencia a la hora de poner límites una dificultad que emerge.

Otra de las situaciones emergente consiste en que, si por un lado, se espera que el hombre participe y se involucre, por el otro, no están obligados a estar mucho tiempo al cuidado de los hijos (ej.: cita Florencia). Por ende, muchas veces no saben cómo controlarlos, no saben cómo ponerles límites, incluso critican los límites o permisos establecidos por la madre y le elevan la queja. Pero las madres no son agentes pasivos de las quejas del marido, sino que contestan con reclamos alegando que “sin cooperación no hay reclamo que valga” (Victoria, madre 2000).

“Mi marido es el clásico hombre que no hace nada. Yo espero que cuando tenga que actuar más, actúe. El problema es que al estar yo todo el día con los chicos, te sentís culpable de todo lo que hacen o no hace. Y después viene el padre y te reclama cosas y bueno, yo le digo “por qué no está vos?, tenés que estar más tiempo vos con Benjamín si querés que sea de otra manera!!. Porque yo lo estoy criando como a mí me parece que está bien, pero si vos querés ser más exigente en algunas cosas no podés venir el sábado a dar unos retos e hinchar”. (Florencia, madre 2000)

Mientras algunas madres siguen tomando decisiones ellas solas y luego son recriminadas por el padre, hay otras que enfatizan las decisiones compartidas (Ej.: ver citas de Mercedes, Nora y Mariana). Cabe pensar entonces que hay madres que crían a sus hijos guiadas por la premisa de “quien está con los chicos decide y si no le gusta que se la aguante”, mientras que otras por la premisa de “no está pero yo le consulto”.

Dentro de los conflictos y aprendizajes que las mujeres del 2000 experimentan cuando tienen un hijo, están los que se vinculan con las negociaciones al interior de la pareja en torno principalmente a los límites que se quieren poner a los hijos/as. Esta tensión no se presenta en las madres de 1970 ya que el padre constituía una autoridad incluso en su ausencia y la madre ponía los límites sin mediar negociaciones ni con el padre ni mucho menos con los hijos. En 1970, estaban las reglas, los límites que los hijos/as no podían cruzar y la madre era la principal encargada que no fueran traspasados. Si se pensaba en las consecuencias de los límites era en el caso de que no se hicieran cumplir pero no en el tipo de mecanismos utilizados para poder hacer cumplir las reglas convenidas⁹.

Cuando las madres del setenta criaron a sus hijos/as, estaba presente un sistema de roles de género más claro y aceptado que el actual. Muchas de las madres del nuevo milenio incluso recuerdan a sus propias madres en el hogar y sin la necesidad de la búsqueda de sus satisfacciones fuera del mismo. Sin embargo, las madres del nuevo milenio dan cuenta que el sistema de roles que habían visto en sus casas se desmorona y que son ellas mismas las que tienen que construir respuestas alternativas, independientemente de lo que hayan aprendido o sepan. Pero no todo es libertad en estas madres, los constreñimientos sociales existen y sobre todo los políticos. Es decir, no hay trabajos para hombre, o políticas laborales, que sean "family friendly", que permitan un mayor involucramiento del hombre en asuntos de crianza.

Conclusiones

Con base en el análisis de las entrevistas realizadas, se observa que hoy, a diferencia de las madres de 1970, las madres platenses parecen tener un mayor margen de acción para decidir qué de las recomendaciones que les brindan diversos actores toman y qué no. Además, la oferta de recomendaciones y opciones de maternidad, parece ser más amplia que en el pasado. A la familia, se agrega el mercado con una fuerte presencia de "propuestas" para vivir la maternidad. También es cierto que hay un conjunto de acciones que no pueden elegir debido a que no se llega a percibir o no son posibles las opciones para escoger –puede ser que esos parientes que influyen en las experiencias y prácticas de la maternidad extensa ya no se encuentren presente motivo de migraciones, muerte o de disoluciones familiares-. En consecuencia, sus opciones de elección se restringen a lo posible.

En pocas palabras, junto con la continuidad de la responsabilidad de las madres del cuidado y crianza de sus hijos, la presencia de la familia para lograrlo o las características del vínculo de la madre con su hijo, se presenta un cambio en algunos de los modelos tradicionales para lograrlo. Se trata de un creciente debilitamiento de las formas de vida "tradicionales" en el marco de una sociedad cambiante. En este contexto, donde el proceso de individualización es fuerte, el fracaso tiende a adquirir el carácter de una experiencia personal y las crisis económicas y sociales empiezan a ser analizadas como crisis personales perdiendo su dimensión social (Guzmán, 2002). **RM**

Bibliografía

- ARRIAGADA, IRMA. "Cambios y continuidades en las familias latinoamericanas. Efectos del descenso de la fecundidad". En *La fecundidad en América Latina: ¿transición o revolución?*, Serie de Seminarios y conferencias No.36, Santiago de Chile, CEPAL. 2003.
- BAUMAN, Z. *Modernidad Líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica. 2004
- BECK, U. *Un Nuevo Mundo Feliz*. Madrid, Paidós. 2000.

- BECK, U. Y E. BECK-GERNSCHEIM. "Hacia una familia posfamiliar: de la comunidad de necesidades a las afinidades electives". En *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona, Paidós. 2003.
- CASTEL, R. *La Inseguridad Social*. Buenos Aires: Manantial. 2004.
- ESPING ANDERSEN, G.; D. GALLIE; A. HEMERIJCK y J. MYLES. *Why We Need a New Welfare State*. Nueva York: Oxford University Press. 2002.
- GERRING, JOHN "What is case study and what is it good for?", *American Political Science Review*, Vol.98, No.2, Mayo 2004, pp. 341-354.
- GERSON, K. *Hard chices. How women decide about work, carrer and motherhood*. Berkeley, University of California Press. 1985.
- GERSON, K. "Moral dilemas, moral strategies, and the transformation of gender: lessons from two generations of work and family change". En *Gender and Society*, Vol.16, No.1 (Feb. 2002), pp.8-28, USA. 2002.
- GIDDENS, A. *Un Mundo Desbocado. Los Efectos de la Globalización en Nuestras Vidas*. Taurus, Madrid. 2001.
- HAREVEN, T. "Family change and Historical Change: An Uneasy Relationship". En *Families, History and Social Change*, Boulder, Westview Press. 2000.
- HAYS, S. *Contradicciones culturales de la maternidad*, Barcelona, Paidós. 1998.
- KAZTMAN, R. "Notas sobre la medición de la vulnerabilidad social". En BID-Banco Mundial-CEPALIDEC, 5º Taller Regional. *La medición de la pobreza: métodos y aplicaciones (continuación)*, Aguascalientes, 6 al 8 de junio de 2000, Santiago de Chile, CEPAL.
- KIMMEL, M. *Manhood in America: a cultural history*. New York, Free Press. 1996.
- LANSMAN, G. "Negotiating work and womanhood". En *American Anthropologist*, New Series, Vol.97, No.1, USA.1995.
- PALOMAR, CRISTINA "Maternidad: historia y cultura". En *La ventana, Revista de Estudios de Género*, N0.22, Vol. III, Guadalajara. 2005.
- RUSTIN, M. Y P. CHAMBERLAYNE "From Biography to Social Policy", en P. Chamberlayne, M. Rustin, y T. Wengraf (eds.) *Biography and Social Exclusion in Europe. Experiences and Life Journeys*, Bristol: The Policy Press. 2002.
- RUTTER, M. "Transitions and turning points in developmental psychopathology: As applied to the age span between childhood and mid - adulthood". En *International Journal of Behavioural Development*, 19(3), 603-636, USA. 1996.
- SARAVÍ, GONZALO "Nuevas realidades y nuevos enfoques: Exclusión social en América Latina" en Saraví, Gonzalo A. (coord.), *De la pobreza a la exclusión: Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, CIESAS-Prometeo, Buenos Aires (en prensa). 2005.
- TORRADO, S. *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor. 2003.
- VIGNOLI, J. "Unión y cohabitación en América Latina: ¿modernidad, exclusión, diversidad?", *Serie Población y Desarrollo No. 57*, Proyecto Regional de Población Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL / Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), Chile. 2005.
- WAINERMAN, C. H. AND GELDSTEIN, R, N. "Viviendo en familia: ayer y hoy", en WAINERMAN, C. (ed.) *Vivir en Familia*. Buenos Aires, UNICEF-Losada. 1994.
- WHEATON, B., GOTLIB, I. "Trajectories and turning points over the life course: concepts and themes". En: Hutchison, E.D. (2003) *Dimensions of Human Behaviour: The changing life course (2nd ed)*. USA, Sage Publications Inc. 1997.

Notas

¹ En total se realizaron 57 entrevistas en profundidad distribuidas por nivel socioeconómico y por generación. Este texto es el resultado de una investigación mayor concebida como un estudio de caso, esto es, como un estudio intensivo de una unidad con el propósito de entender una larga clase de casos similares (Gerring, 2004). La unidad denota la delimitación espacial del fenómeno en un punto o período en el tiempo. Lo que distingue a este método es la confianza en la diversidad demostrada por una única unidad que incide en el número de casos empleados -el puede ser grande o pequeño- (Gerring, 2004).

En específico, la ciudad de La Plata forma parte del conjunto de conglomerados urbanos que albergan a casi la mitad de la población argentina (46,5% en el 2001) junto con Gran Buenos Aires, Gran Córdoba, Gran Rosario, Gran Mendoza y Gran Tucumán (excluyendo Capital). Todos ellos, comparten características sociales, económicas y demográficas (*ceteris paribus* las especificidades locales y las particularidades culturales)

² Por ejemplo, la creciente fragilidad de las categorías de clase y estatus social, los roles de género, la familia, la vejez, entre otras.

³ Por ello, Beck plantea la "desrutinización de lo mundano" para decir que las certidumbres se han fragmentado.

⁴ En Argentina si bien es cierto que los individuos se ven en parte liberados de sus compromisos tradicionales y separados de sus redes de apoyo, y substituyen esta carencia en el mercado y otras instituciones, debido a las grandes desigualdades socio-económicas, acentuadas profundamente en los últimos años, la respuesta de los individuos no puede pensarse como homogénea. A pesar de que la individualización implica un aumento de la autonomía personal, la existencia privada individualizada cae crecientemente bajo la dependencia de situaciones y condiciones que se hallan completamente fuera de su alcance (Beck, 1992). Por ello, con casi un 40% de pobres que en su mayoría no terminan los estudios secundarios (los 12 años) es preciso detenerse a examinar las condiciones de vida que permiten a los individuos reflexionar sobre sus vidas.

⁵ Al respecto, Beck y Beck plantean que la reflexividad es demandante de recursos y estos recursos están distribuidos desigualmente y, por ende, no todos tenemos la misma capacidad reflexiva. Por su parte -desde una postura más estructuralista y económica-, Castel (2004) propone que con la individualización de las tareas y de las trayectorias profesionales asistimos también a una responsabilización de los agentes. Pero no todos están igualmente armados para afrontar estas exigencias, la movilidad generalizada característica de la sociedad moderna, introduce nuevos clivajes en el mundo del trabajo y en el mundo social. Esto depende fundamentalmente de los recursos objetivos que estos individuos pueden movilizar y de los soportes en los que pueden apoyarse para hacer frente a las situaciones nuevas.

⁶ Al contrario, algunos de estos cambios han sido un patrón tradicional entre los más pobres, como las uniones consensuales (Torrado, 2003).

⁷ Esto no significa que la familia y la maternidad tradicionales están simplemente desapareciendo pero sí está perdiendo el monopolio que durante tanto tiempo detentó, ahora es una "familia posfamiliar" (Beck y Beck-Gernsheim, 2003:184-186).

⁸ Esta afirmación no deja de lado ni excluye las inequidades genéricas que el modelo patriarcal tiene.

⁹ Las teorías de la socialización centran su interés en el proceso por el cual las personalidades femeninas y masculinas son formadas, en la manera en cómo los niños internalizan las capacidades, los valores y motivaciones apropiadas de acuerdo a sus roles de género (Gerson, 1985). Tanto las propuestas psicoanalíticas como las de la socialización ubican el aprendizaje del sistema de género, con sus prácticas y representaciones, en las experiencias de la temprana infancia⁹. La madre se convierte en un actor importante en la reproducción de los roles de género debido a que es ella la principal encargada del cuidado y crianza de los hijos, principal y justamente durante los primeros años de vida. Por tal motivo, sería pertinente esperar que de una madre con una familia patriarcal tradicional hubiera una hija que repitiera al menos un modelo familiar semejante.